

EN DEFENSA DE LA P ¹

GREGORIO BERGMANN

En los últimos años, muchos periódicos de la prensa diaria, y aun publicaciones médicas de América Latina, están sustituyendo los antiguos y fundamentales términos de la especialidad: psiquiatría, psicología, psicoterapia, psicoanálisis, psicosis, etc., por siquiatria, sicología, etc. Siguen así las normas potestativas establecidas en 1953 por la Real Academia Española, por sugestión de Julio Casares (*Nuevas Normas de Prosodia y Ortografía de la Real Academia Española*, parágr. 12, Buenos Aires, Perlado, 1953).

Estas innovaciones no solo carecen de fundamento lingüístico, son contrarias a la práctica usual en nuestro idioma y universalmente respetada en los otros idiomas en que existe esa raíz o influencia grecolatina, sino que ofenden al buen gusto y al decoro del idioma. Más aún, afectan a los que cultivamos las mencionadas disciplinas. Por las razones que van a continuación, apelamos a este Congreso de Psiquiatría

de América Latina, alta autoridad en la materia, para que restablezca la debida corrección idiomática y cultural.

La Real Academia, habitualmente conservadora, ha tenido esta vez, bien inoportunamente, pujos revolucionarios. Señal de su inseguridad es la alternativa que ofrece de escribir las voces que empiezan con *ps*, como es corriente conforme a su etimología griega, o solamente con la grafía *s*. Ha bastado esto para que, sistemáticamente, tantos *snoobs* del habla hayan optado por suprimir la *p*, adoptando como definitiva lo que sólo era una alternativa. Esta manera de escribirlos desfigura de tal modo nuestros términos que ha motivado las críticas severas de importantes autoridades lingüísticas. Así, Avelino Herrero Mayor (*Cosas del Idioma*, Buenos Aires, Troquel, 1959, pág. 44) dice: "El desgifuro de *psicología* en *sicología* atrae un cambio cómico para el sentido del vocablo y trastorna toda su intención semántica". Desbaratando el grupo griego, argumenta, desemboca en un híbrido que modifica el sentido originario de la palabra madre, *psique*. En efecto, *suco* viene de *sukos*, higo; *sicosis*, de *sukosis*, en forma de hi-

1 N. de la D — La presente nota es tomada de *Acta Psiquiátrica y Psicológica Argentina*, 1963, Vol. IX, Núm. 2, págs. 177-178, con la autorización de la misma.

go. Los griegos llamaban sicosis a la carnosidad que sale en el ojo en forma de higo; "conque véase el grado risueño y aquiescente con que la Academia, en un in pronto, que contradice su acostumbrada lentitud, impide la variación del ritmo significativo de las viejas palabras que empiezan por *ps*, elemento que incluye el nombre de la letra griega *psi*., pues igualmente sucede con *psicopatía* y *psicosis*. "Sicosis" prohibirá putativamente la connotación "excrecencia que brota en alguna parte del cuerpo en forma de higo...", y por el mismo estilo eutrápélico, "*sicopatía*" dirá, por contaminación, enfermedad producida por los higos". Sin la *p*, esas voces trastornadas aparejarán vestidura de sico-fantas...".

Es cierto que la fonética no sufre mayormente con la eliminación de la *p*, apunta a su vez el gran escritor Aquiles Nazoa; pero "si fuéramos a extender ese criterio, como cabría en buena lógica, a todas las letras que no suenan, no acabaría el idioma por sucumbir estéticamente en la abominación ortográfica de los *ijos*, los *uecos* y otros *orroles*? ("Por fin sabemos a qué se parece el alma humana: se parece a un higo". Revista *Nuestra Psiquiatría*, Caracas, febrero 1962, N^o 1, pág. 58).

Otras prolijas razones podríamos agregar, como el hecho de que el término *sicosis* está firmemente consagrado en la patología dermatológica para designar una conocida enfermedad. Pero hay una, y no precisamente de orden filológico, que no es posible pasar por alto. Desde que empezó a emplearse la palabra *psyché*, alma, pensadores griegos, desde las prédicas protrépticas de Sócrates, pusieron siempre en esa

palabra un énfasis sorprendente, una pasión insinuante y como un juramento. Desde entonces la palabra *alma* tiene siempre para nosotros, por sus orígenes en la historia del espíritu, un acento de valor ético o religioso" (Jaeger: *Paidéia*. Los Ideales de la cultura griega, t. II, pág. 45). Sin caer en fetichismos, los psiquiatras, psicoterapeutas, psicólogos, percibimos este acento en nuestro quehacer cotidiano. Aquí es notable no ya la magia del vocablo, sino de una letra, abonada por la venerable tradición de veinticinco siglos. Al descabezar a la psiquiatría, la Real Academia nos ha despojado de un valioso galardón. Los afectados lo han sentido intuitivamente, pues, como subraya Aquiles Nazoa, los psiquiatras y los psicólogos forman el sector más remiso en acatar la nueva ortografía; y no como afirma la Academia, que "es cada día mayor el número de autoridades y lexicógrafos que emplean las formas sin la *p* inicial" (loc. cit. pág. 59).

Hace sesenta años un psiquiatra eminente de nuestro Continente, José Ingenieros, observó a Paul Groussac en su intento de sustituir la palabra común de psiquiatra, por el de psiquiatro, que éste consideraba la única correcta. En aquel tiempo, Groussac era, para las letras argentinas, más que la Real Academia, un oráculo; pero bastó que Ingenieros le saliera al cruce para que no reincidiera. ("Psiquiatro o psiquiatra", P. Groussac, J. Ingenieros, Franz Tamayo, *Archivos de Psiquiatría, Criminología y Ciencias Afines*, Buenos Aires, 1903). Ahora se trata de una cuestión de mayor envergadura, por lo que reclamamos un pronunciamiento de tal naturaleza y magnitud, que nos devuelva la cabeza que pretende cortarnos la docta corporación.